

testigos presenciales en más de una acción gloriosa.

"Sin más libro de consulta que las páginas verdicas donde constan los hechos militares acaecidos desde 63 hasta 67,—dice el Sr. D. Juan de Dios Peza—vamos á narrar los que principalmente distinguieron á Altamirano.

"Después del sitio de Puebla de 1863; cuando los franceses se apoderaron de México, y el gobierno republicano se vió obligado á dejar su capital para dirigir la guerra desde el interior, Altamirano tomó las armas, y en su calidad de coronel del ejército, luchó sin descanso contra la intervención y el imperio, siendo uno de los pocos que pueden llamarse "los inmaculados defensores de la Independencia de México."

"En 1866, á la cabeza de una brigada de caballería del Sur, ganó la acción de Tierra Blanca, contra el coronel Ortiz de la Peña, que fué completamente derrotado, y que dejó en poder de Altamirano un convoy de guerra y trescientos prisioneros.

"Tres días después, batió al coronel imperialista Carranza, quedando muerto en la acción el jefe Villagrán, en los Hornos.

"En Enero de 1867, en unión de Leyva, ganó de nuevo una acción contra el mismo Ortiz de la Peña, que dejó en su poder la artillería, armamento, y toda su tropa prisionera. Esta acción hizo evacuar todas la plazas del Sur á los imperialistas que se refugiaron en Cuernavaca.

"Todavía en unión de Leyva puso sitio á esta última ciudad, muy cercana á México, por lo cual Maximiliano tuvo que enviar en su auxilio una columna de 1,500 hombres, al mando del general O'Horan y del famoso coronel Lamadrid.

"Leyva se retiró con las tropas de su mando; pero Altamirano esperó al enemigo, libró un terrible combate con su caballería, derrotó completamente esta columna mandada por Lamadrid, un jefe muy querido de Maximiliano, que murió en esta acción.

"Pocos días después, y ocupada por las tropas republicanas la plaza de Cuernavaca, Altamirano fué el primero que ocupó el Valle de México á la cabeza de 500 ginetes, tomando posesión de la plaza de Tlalpam; á cuatro leguas de la capital del Imperio.

"De allí marchó á Querétaro en Marzo de 1867, cuando ocupaba ya esta plaza Maximiliano con su ejército; y bajo las órdenes del general republicano Vicente Riva Palacio, tomó parte en varios combates que tuvieron lugar en este sitio ya célebre en la historia. En todos esos combates obtuvo honoríficas recomendaciones del general Escobedo, jefe

del ejército sitiador, y principalmente, por la terrible acción del Cimatarío, el 28 de Abril de 1867, en que compartió la gloria del coronel Doria, pues con una columna de caballería rechazaron otra imperialista, compuesta de "Husares," "Regimiento de la Emperatriz," y "Policía á caballo."

"El día 1º de Mayo, y bajo las órdenes del bravo general Suriano Jiménez, tomó parte en el heroico combate de Callejas, el más brillante del sitio de Querétaro, y fué recomendado en la orden general del ejército, como un héroe."

Así, pues, Altamirano, empuñó el acero desde el Plan de Ayutla, hasta que se disipó el humo de los fúnebres disparos en el Cerro de las Campanas.

Restablecida la República, el Presidente D. Benito Juárez firmó de su puño y letra los despachos militares de Altamirano y ordenó se le pagasen íntegros sus haberes. Con estas sumas fundó entonces *El Correo de México* en colaboración de D. Ignacio Ramírez y D. Guillermo Prieto. No era el primer periódico que establecía. En Guerrero como ya dijimos publicó *El Eco de la Reforma*, y otro que no habíamos mencionado, *La Voz del Pueblo*. Después del *Correo de México*, que estuvo brillantemente redactado, fundó *El Federalista* con Manuel Payno; en 1875 *La Tribuna*; y después *La República*, de la que dejó de ser director en 1881. Fundó además un interesante semanario de bellas letras, *El Renacimiento* (1869) en compañía de D. Gonzalo A. Esteva; semanario en el que colaboraron los más distinguidos escritores y poetas nacionales, y que con aprecio se conserva en bibliotecas públicas y particulares. En él insertó, muchos artículos biográficos y literarios, y bellísimas *Crónicas* teatrales y de sociedad. Fué también redactor, entre otros, de los siguientes diarios políticos. *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, y *La Libertad*. Colaboró en las publicaciones literarias, *El Domingo*, *El Artista*, *El Semanario Ilustrado*, *El Federalista*, *El Liceo Mexicano* y en otras de los Estados y del Extranjero.

El espíritu de asociación, como dice el Sr. Peza en su biografía, le debió mucho. Fué fundador de la *Sociedad Libres Pensadores*; restableció varias veces al *Liceo Hidalgo*, que presidió en muchas ocasiones; fué secretario y Vicepresidente de la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, la cual le es deudora de una rica y escogida biblioteca, que coleccionó Altamirano con su buen gusto y discreción; fundó la *Sociedad Gorostiza* de autores dramáticos y fué presi-

dente de la de *Escritores Públicos* y de la *Sociedad Netzahútlcoyotl*. En sus últimos días de permanencia en México, desde 1885 hasta 1889, como Presidente Honorario del *Liceo Mexicano*, enseñó y alento á la mayoría de los jóvenes que constituyen actualmente la nueva generación en las letras patrias. Muchas corporaciones científicas y literarias de nuestra República, de Norte y Sud América, de Alemania, Francia, Hungría, Italia, Rusia, etc. le contaron en su seno, y con el carácter de Vicepresidente asistió al *Congreso de Americanistas* últimamente celebrado en París y al de Ciencias Geográficas en Ber-

na. Desempeñó los cargos públicos que vamos á citar. Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, Procurador General de la Nación, por ausencia de D. León Guzmán; Presidente de la citada Corte, cuando el Sr. D. Ignacio Vallarta, pasó á desempeñar la Cartera de Relaciones; Oficial mayor de la Secretaría de Fomento, durante el Ministerio de Riva Palacio, y diputado al 10º Congreso de la Unión, donde pronunció su último discurso de apertura el 16 de Septiembre de 1881.

Como Profesor, el Gobierno le distinguió en diversas épocas con las clases de Derecho Administrativo, en la Escuela Nacional de Comercio; de Historia General y de México y de Historia de la Filosofía, en la Escuela Preparatoria y en la Escuela de Jurisprudencia; de Lectura Superior é Historia Universal y Patria en la Escuela Normal; cátedras que desempeñaba al partir para Europa.

La Escuela Normal le debe su organización y Reglamento; comisión que desempeñó con tanta intelgencia y celo, que fué el origen de la enfermedad que le llevó al sepulcro, pues días y noches enteros tuvimos oportunidad de verle consagrado al estudio, sin que tomara alimentos y descanso durante muchas horas.

La simple y sencilla enumeración que hemos hecho, demostrará la continua labor de Altamirano. Retraído de la política en los últimos años de su existencia, constituía su ocupación constante la enseñanza. Leer y enseñar y conversar sin descanso: tales fueron sus últimos afanes; las libros y la juventud: sus fieles amigos y sus hijos predilectos. Y como un santuario de los afectos, como un retiro en los desengaños, su hogar santificado por el culto de su esposa y de su familia adoptiva.

A pesar de que hemos procurado ser breves, nos hemos extendido más de lo que pensábamos en esta obra. Es preciso, pues, que demos término á la presente biografía, que

solo en resumen puede contener la vida de un hombre ilustre por sus servicios á la Patria y á las Letras.

En 1889 Altamirano recibió el nombramiento de Consul General de España con residencia en Barcelona. La noche del día 5 de Agosto, el *Liceo Mexicano* le consagró una velada de despedida. El acto estuvo solemne y conmovedor: aquel adios iba á ser eterno. Después de los elogios que le hicieron poetas y escritores, tomó él la palabra. La emoción del cariño ahogó su olocuencia. "Aquí tienen al orador—no decía—tan ensalzado por ustedes que no puede hablar. Mi gratitud no tendrá límites. Estaré, lejos de los ojos, pero cerca del corazón de mis amigos y de mis discípulos."

V.

Después de algunos meses de residir en Barcelona, Altamirano, á causa de sus enfermedades y previa licencia del Gobierno de México, permutó con Manuel Payno el cargo de Consul en España por el de Francia, y se estableció en París.

Parecerá impropio que nos detengamos algunos instantes en esta parte de su biografía; pero lo creemos necesario para hacer manifiesto el patriotismo de aquel hombre ilustre y sabio.

Es cosa natural la nostalgia en todos los que de veras aman á su país; mas en Altamirano se acentuó muchísimo. Aquí, sobre la misma mesa en que escribimos, tenemos la colección de sus cartas, en las que nos refería sus impresiones de viaje, sus visitas á Bibliotecas, Museos, Academias, Talleres de Escultura y de Pintura, etc., en todas ellas el recuerdo de la Patria está vivo y latente. En los aniversarios del glorioso grito de independencia, celebrados en París, tomó él siempre la palabra, para enaltecer á nuestros libertadores y á nuestros héroes. Nunca se borró de su mente la tierra que se enorgullece con su nombre y con sus obras. Visitó en 1891 á la clásica Italia, estuvo en Roma, en Nápoles, en Niza y en otras ciudades. Los campos y sitios pintorescos, traían á su memoria á México, que un sólo instante no olvidaba. En la hermosa Niza compuso una de sus últimas poesías, y ahí como en todas partes recordó á su país. Oigamos una de sus lindas estrofas:

En esta tierra encantada
recuerda á la Patria amada
todo, los verdes bajíos,
y los pinares sombríos,
y la pradera esmaltada.

De vuelta á París, cuando fué invitado para una Conferencia en el Ateneo de Madrid, se disculpó de no poder hacerla porque su anhelo constante era venir á México, lo más pronto posible. En carta dirigida al ilustrado D. Justo Zaragoza, con fecha 26 de Mayo de 1891, pedía también excusas por no poder asistir al Congreso de Americanistas, que se había de verificar en el célebre é histórico convento de la Rábida; y agregaba.

"Yo tengo el pesar de no concurrir á él, pues he resuelto regresar á México en el mes de Agosto de ese año de 1892; sino de una manera definitiva, si con una licencia de varios meses. Deseo ya ver á mis hijos, á mis netezuelos, á mis amigos, á mis discípulos, y, sobre todo, respirar el aire de mi Patria, contemplar su cielo azul, y calentarme bajo su sol radioso y ardiente, el dios de mis padres, lejos del cual siento hielo en las venas y tristeza en el espíritu. Europa es bella, París es maravilloso; pero México es mi Patria, y vd., lo sabe bien: á la madre se le prefiere no porque sea bella, ni rica, sino porque es madre."

La nostalgia y su grave enfermedad contraída en el estudio, le obligaron á pasar algunos meses en San Remo. Ahí se agravó y le sorprendió la muerte. Quería á toda costa volver á México "aunque fuera á morir," nos escribe un amigo. No desmayó, nunca su espíritu en cuanto á lo que había constituido su credo político y liberal. Permaneció firme y constante en sus ideas, hasta exhalar el último aliento el 13 de Febrero de 1893, á las cuatro de la tarde. Solicitó que sus funerales fueran puramente civiles y que se sometiera su cuerpo á la cremación. Hasta en esto, el culto por sus antepasados le acompañó: los valientes aztecas acostumbraban entre sus ritos fúnebres, convertir los despojos humanos en cenizas.

Cuando el cable estremecido anunció al través del Océano, tan infausta noticia, México se conmovió. Amigos y discípulos se agruparon y el Liceo Mexicano invitó á una Velada Fúnebre consagrada á su memoria, é igualmente la Sociedad de Geografía y Estadística. A solicitud de la primera Sociedad, la Legislatura de Guerrero, le declaró Benemérito de su Estado na'al decretó que en el aniversario de su muerte se izara á media asta el pabellón y que su estatua en bronce se enviaría al Paseo de la Reforma. Todos los periódicos de la Capital, de los Estados y aún del Extranjero, publicaron artículos necrológicos, biografías, reminiscencias, anécdotas, retratos y algunos enlutaron sus columnas. Y es que como decía Tácito refiriéndose á Agri-

cola "su muerte, llenó de luto á sus compañeros, patriotas, entristeció á sus amigos, y no fué indiferente ni para los extranjeros ni para los desconocidos.

El Supremo Gobierno de nuestra República, resolvió que se le hicieran funerales en París mientras sus cenizas son traídas á la Patria. Hé aquí como refiere *Le Nouveau Monde* esta ceremonia:

"El sábado 25 de Febrero último se efectuaron las exequias oficiales del Sr. Ignacio M. Altamirano, cuyos gastos se hicieron á expensas de nuestro gobierno.

Estas exequias fueron puramente civiles. A eso de las dos de la tarde gran número de coches estacionaban en la calle de Galileo, en donde se encuentra la Legación Mexicana, cuya sala principal, había sido transformada en cámara ardiente.

El Sr. Ramón Fernández, Ministro Plenipotenciario de México, recibía á los concurrentes; acompañábanle los señores Gustavo Baz y Olarte, secretarios, Francisco de Pasalagua, Viceconsul encargado del Consulado general; Aurelio Guillén Altamirano, Canciller del Consulado y Casasús, Diputado del Congreso Mexicano; estos dos últimos pertenecen á la familia del finado.

La urna cineraria estaba colocada sobre una gran mesa cubierta por el pabellón nacional, en el centro del salón, y rodeada de pebeteros encendidos.

Aunque la ceremonia no tenía carácter religioso, el recogimiento que allí reinaba era profundo.

A las dos y media, el maestro de ceremonias pidió permiso al Ministro para ordenar la marcha.

Bajaron la urna y la colocaron en el carro mortuario, los Sres. Francisco Pasalagua, Viceconsul de México, y Gustavo Baz, primer Secretario de la Legación.

Colocáronse en el carro fúnebre numerosas coronas, entre las cuales se contaban las ofrecidas por la liga franco-americana para la enseñanza, por la Legación Mexicana, por el Sr. Pasalagua, por la colonia mexicana en París, etc., etc.

El Sr. Ramón Fernández, como representante del gobierno de México, presidió el duelo, en compañía de los Sres. Guillén Altamirano y Casasús.

Entre los concurrentes, se hallaban los señores Macé, senador, Camilo Flammarión, miembro del instituto de Argandona; Ministro de Bolivia; Fernando Cruz, Ministro de Guatemala; Bruno Chávez, secretario de la Legación del Brasil, en representación del Ministro; Conde T. de Camondo, cónsul ge-

neral de Turquía, Angel M. Mendez, cónsul general de la República Argentina; Domingo Vega, cónsul general de la República de Chile; Elías Maduro, cónsul general de Nicaragua; Joaquín Caso, cónsul general de Bolivia; Enrique J. Ayulo, cónsul general del Perú; Alberto Greham, cónsul general de Siam; E. Pector, cónsul general del Salvador; Carlos de Mosenthal, cónsul general de la República de Orange; Domingo Vega, primer secretario de la Legación del Perú; Ramón Ulloa, general colombiano, y Max L. Gettini, agregado á la Legación de Colombia.

Además, estaban los Sres. Antonio de Mier, José Cuevas, el coronel Dosamantes, Manuel Iturbe, Carlos Álvarez Rul, Dr. Betancés, Lic. Castellanos, A. Meulemans, barón Gostkowski, E. Goupil, Paul Rousseau, Albert Hans, Dr. Angel Rodríguez, Dr. Ricardo Cicero, Emiliano Icaza, Ernesto Madero, Julio Constantín, Ramón Fernández, hijo, Juan Cordero, E. Carles, Luis Jacoby, Cristóbal González, J. Ollivier, S. Laborde, E. Bodan Duverge, Antonio Chazaro, Arístide Martel, Francisco de P. Mendoza, Raoul Reyrols, J. Domingo, Mestres Amabile, J. Evrard, Fernández Varela, etc.

A las cuatro y media de la tarde llegó el cortejo al Cementerio, y se detuvo al lado de la tumba del coronel mexicano Urriza, designada para recibir provisionalmente las cenizas del finado.

Los Sres. Ramón Fernández, Gustavo Baz y Paul de Reyrols, literato francés, pronunciaron oraciones fúnebres, el último, á nombre de la prensa francesa.

Luego, entre el profundo y respetuoso recogimiento provocado por los discursos que evocaban la gran sombra del finado, los señores Pasalagua y Flammarión transportaron la urna del carro á la tumba, seguidos de todos los asistentes, que al desfilarse los restos de nuestro compatriota, arrojaban una flor ó una rama de cualquiera planta, como último homenaje al ilustre muerto. Después, llevándose todos el recuerdo de esa ceremonia conmovedora por su grandiosa sencillez, se alejaron bajo las frías gotas que el cielo de invierno dejaba caer como lágrimas sobre el tristísimo paisaje de las cruces cristianas.

Si el lugar en donde deben hallarse las cenizas de Altamirano no fuera, antes que cualquier otro, su Patria, expresaríamos el sentimiento de que sean arrebatadas de la tierra de Francia, en la cual descansarían al lado de las de Musset, de Hugo y de Lamartine. Pero como la Patria debe de conservar sus imprescriptibles derechos, dejaremos,

dándole nuestro último adiós, partir al ilustre muerto hacia México, en donde le aguardan los funerales nacionales."

VI

La índole de la presente obra no nos permite expresar por extenso, como quisiéramos, nuestra opinión acerca del literato y nuestro juicio sobre cada una de las producciones debidas á su inspirada y correcta pluma.

Altamirano fué un gran conversador y un gran polígrafo.

Como conversador sobresalió entre sus contemporáneos, nadie le igualó en este sentido, sin que por esto pensemos siquiera deprimir á otros; pues su conversación sin igual, pintoresca y encantadora, apasionada á veces, sincera siempre, y llena de erudición y ciencia, no cansaba nunca; atraía, persuadía, transportaba á los lugares descritos, retrataba á las personas protagonistas de las escenas, y jamás el que pendiente de sus labios le escuchaba, sentía ese hastío que produce la palabra monótona, descolorida, seca, de muchos que hablan sabiamente, pero que no cautivan. Altamirano por el contrario, tenía ese don admirable, esa elocuencia sorprendente, que enseña, que deleita y que subyuga. Escucharle constituía un placer continuado. El hombre se transformaba y fascinaba al que le oía. Ni sus enemigos en ideas religiosas, ni en principios políticos le negaron ese mérito, característico en Altamirano, que fué el origen de que muchos de sus antagonistas le estrecharan entre los brazos. Por esto se distinguió en la Cátedra y por esto también fué el *Maestro de los maestros*. Lo repetimos, sin temor de ofender y herir susceptibilidades: antes de conocer á Altamirano y después, no hemos vuelto á escuchar un conversador que le iguale, ni un profesor que enseñara deleitando. No sólo era el hombre cariñoso, el hombre amable; el que se conquistaba voluntades y el que en un día se hacía llamar *Maestro*: era el sabio y elocuente conversador, el que había realizado el consejo de los *normalistas*: estudiar para enseñar. Muchos le sobrepujarían en erudición vastísima, en talento prodigioso; pero entre sus coetáneos en México, ninguno ha poseído el secreto maravilloso de comunicar los conocimientos adquiridos, del modo y con el éxito que Altamirano. Negarle, pues, este justo título, este dictado con que le distinguían admiradores y discípulos, es obrar de mala fé, guiarse por espíritu de ruin pasión, ó no haberle conocido y escuchado.

Decíamos que fué un gran polígrafo. Es cierto. Como poeta robó los tintes á la naturaleza de nuestro país, y supo vaciar sus soberbias inspiraciones en los moldes de los grandes y antiguos clásicos; como novelista nadie ha descrito costumbres, tipos y paisajes, con el talento y sabor local que Altamirano; como crítico se supo colocar en sitio envidiable por su erudición y juicio; como historiador recorrió los velos que ocultaban la verdad, velada por cronistas á escritores, apasionados ó sin criterio, y puso los fundamentos de una nueva escuela en México; como escritor de costumbres pocos le han igualado en amenidad y gusto, y como orador en Sociedades y en Liceos literarios, no hizo olvidar sus triunfos en la tribuna popular y en el Congreso.

Puede ser que el cariño nos ciegue, que la admiración que como culto profesamos al Maestro nos ofusque; pero ahí están los libros, los periódicos, las corporaciones, que en vida y después de muerto le han consagrado páginas elocuentes, artículos extensos y distinguidísimos honores, para hacer su elogio de mil maneras.

Y no sólo en México, sino en el extranjero, y no sólo por autores adocenados sino por críticos eminentes, y no sólo por sociedades juveniles sino por corporaciones ilustres.

Y ahí están también sus obras, sus poesías intituladas modestamente *Rimas*; sus novelas *Julia*, *Clemencia*, *La Navidad en las Montañas* y *El Zarco*, todavía inédita; sus juicios como el de la *Medea* y el del *Bal-*

tazar, sus *Prólogos* inimitables; sus biografías de *Hidalgo*, el Filósofo de la Independencia, y de *Ramírez*, el Libertador de la Reforma; sus *Revistas Literarias*, sus *Paisajes y Leyendas*, sus innumerables artículos sobre diversos asuntos y sus *Discursos* publicados últimamente en París. Y en fin, sus estudios aun no coleccionados y dispersos; y sus conversaciones perdidas para siempre, pero que vivirán en el recuerdo, trasmitidas por la tradición, reproducidas por el afecto en los libros que escriban sus discípulos ó sus amigos.

Su nombre lucirá en la historia patria por haber sido el defensor de sus derechos en la tribuna y en los campos de batalla; en nuestros anales literarios porque fué el autor del renacimiento de las letras, posterior á la caída del Segundo Imperio; en los planteles de educación, como profesor y como verdadero organizador de la fundación de la Escuela Normal, y en la memoria de la juventud, porque á ella consagró siempre su saber y sus esfuerzos.

En cuanto á sus discípulos nunca le olvidaremos, nunca nuestra gratitud será bastante, para agradecer sus lecciones de maestro, su cariño sincero y paternal de amigo, y su ejemplo como literato que ciñó á sus sienas los lauros inmortales, y como hombre que supo adquirir la mayor de las fortunas, el tesoro de la pobreza: la honradez.

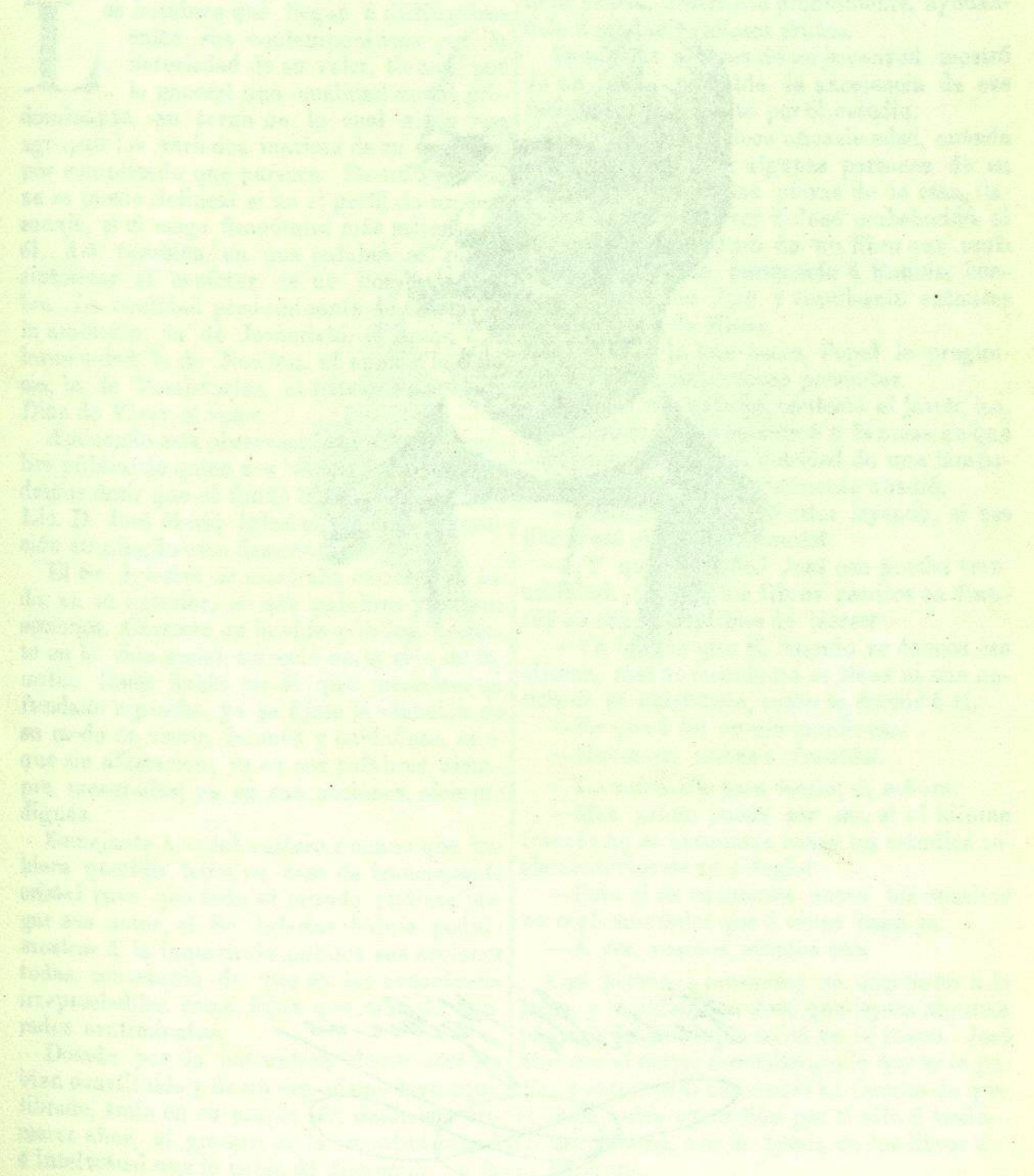
México, Mayo de 1893.

LUIS GONZALEZ OBREGÓN.



Liberales Ilustres Mexicanos

LIC. JOSE MARIA VIESGAS.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA